

LOS PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA ECUATORIANA

Galo Galarza Dávila

Ya nadie discute en este momento el valor histórico que tuvieron para la causa de la independencia en América Latina los primeros movimientos autonomistas que se dieron en el año 1809 (hace doscientos años) en los actuales territorios de las Repúblicas de Bolivia y Ecuador. *Archipiélago* dedicó su número 64 a los movimientos bolivianos de Chuquisaca y La Paz, ocurridos en mayo y julio de aquel año. En este número 65 podremos leer algo sobre el movimiento del 10 de agosto de 1809 en Quito, la actual capital del Ecuador.

Muchos acontecimientos se produjeron en el mundo a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX: la Revolución Francesa, la independencia de los Estados Unidos, la resistencia heroica del pueblo haitiano ante los poderosos ejércitos napoleónicos, la también resistencia heroica del pueblo español (tan bella y dramáticamente retratada por Goya) contra esos mismos ejércitos que impusieron en el trono de España a José Bonaparte, el trabajo visionario de las Cortes de Cádiz, los levantamientos indígenas en el Virreinato de Perú, como el de Túpac Amaru. En el Virreinato de Nueva Granada se dieron, asimismo, motines, alzamientos y asonadas en Alausí, San Miguel de Molleambato, San Felipe, Otavalo, Cotacachi, Patate, San Juan, los barrios populares quiteños.¹ Como un reguero de pólvora comenzaron a circular las ideas independentistas por los territorios americanos.

En Quito, ciudad milenaria que tuvo importancia capital desde la época del Incario, por esas mismas épocas se produjeron también hechos que vale la pena mencionar: la visita de la Misión Geodésica francesa liderada por Charles de la Condamine y Pierre Bouguer en el año 1734, que trajo en sus baúles, junto a sus aparatos de medición, los libros del pensamiento ilustrado; la publicación en 1767 de la historia del Reino de Quito por el sacerdote jesuita Juan de Velasco, en su destierro en Faenza, Italia, en la cual rescata el pasado histórico previo a la llegada de los españoles; y los libros y acciones de Eugenio Espejo, piedra angular del pensamiento anticolonialista en la entonces Real Audiencia de Quito. Dos autores: el argentino Arturo Andrés Roig (*Humanismo en la segunda mitad del siglo XVIII*) y el ecuatoriano Carlos Paladines (*Pensamiento ilustrado ecuatoriano*) han estudiado a profundidad esta etapa de la historia. Este último dice:

Bien podría afirmarse que con el arribo de la Misión Geodésica francesa a tierras ecuatorianas, se inicia su descubrimiento por las ciencias naturales y comienzan

las ciencias modernas, y aún hay quienes confieren mayor trascendencia a esta Misión, al señalar que con su presencia también se marcó, de manera indeleble, a la conciencia criolla con lecciones de libertad.²

Debemos señalar, como un dato interesante, que fue después de la visita de esta Misión cuando se comienza a llamar en Europa a los entonces conocidos como “territorios de Quito” con el nombre de “territorios del Ecuador”. Tanto se populariza ese apelativo que cuando el Departamento del Sur se separa de la Gran Colombia, en el año 1830, un grupo de notables de las élites gobernantes deciden cambiar el nombre de Presidencia de Quito por el de República del Ecuador. Tanta curiosidad suscitan las investigaciones de la Misión Geodésica que científicos de épocas posteriores también llegarán a la Audiencia de Quito a profundizar investigaciones, tal es el caso de José María Caldas, en 1801, y Humbolt y Bonpland en 1802. Y otros investigadores criollos se apasionan, igualmente, por las ciencias naturales y exactas. Así, Juan Bautista Aguirre escribe un tratado de física y Pedro Vicente Maldonado elabora el primer mapa de la Real Audiencia de Quito e invierte sus propios recursos en impulsar la construcción de un camino que une a la ciudad de Quito con el puerto de Esmeraldas. Hay, en definitiva, una redefinición de conceptos. Ya no es únicamente la prédica de que todas las cosas y todas las causas vienen por mandato divino, incluida la monarquía absoluta. El filósofo argentino Arturo Andrés Roig dice:

Es posible percibir, a partir de aquellos años del 1780, una aceleración del tiempo histórico. Se fueron quemando etapas en un proceso agónico, que desde una reformulación de la monarquía absoluta, condicionada muy fuertemente en sus últimas manifestaciones por la Revolución Francesa, se pasó a la postulación de una monarquía constitucional, todo ello dentro del proyecto autonomista. Los últimos momentos del autonomismo, que no fueron ya vividos por Velasco y Espejo, se aparecen como una precipitada sucesión de hechos: la Primera Junta Soberana de 1809, luego la Constitución de 1812, contemporánea de la de Cádiz, y el fin de la vigencia de ésta, con la Batalla de Pichincha de 1822. En ese momento puede decirse que ya ha fracasado totalmente el primitivo proyecto autonomista y comenzó, de modo abierto, uno nuevo, el proyecto independentista.³

¹ Segundo Moreno Yáñez, *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito, desde comienzos del siglo XVIII hasta finales de la Colonia*, Edit. Universidad Católica de Quito, 1978.

² Enrique Ayala Mora (editor), *Nueva Historia del Ecuador*, Volumen 6, “Independencia y período colombiano”, Corporación Editora Nacional, Quito, 1996, p. 169.

³ *Ibid.*, p. 178.



Eugenio Espejo

Pero, ¿quiénes son y qué papel jugaron en el proceso independentista esos Velasco y Espejo a los que se refiere el autor citado? El padre Juan de Velasco es un sacerdote jesuita nacido en la ciudad andina de Riobamba, quien en su destierro de Faenza, Italia, escribió la primera historia del país, a la que tituló: *Historia del Reino de Quito en la América Meridional*, fruto de una larga investigación y recopilación. El padre Velasco incluyó en esta monumental historia una serie de hechos que más se parecen a la fábula que a la descripción real de los acontecimientos, de allí que Benjamín Carrión, ese gran intelectual ecuatoriano del siglo XX, afirmara que lo escrito por el jesuita no fue, en verdad, la primera historia del Ecuador sino la primera novela del Ecuador. Sin embargo, al margen de la exactitud de los hechos, el valor innegable de este trabajo es que por primera vez un autor nacido en suelo quiteño cuenta el pasado pre colombino, da cuerpo a un mítico reino que está allí antes de la llegada de los españoles y que llena de orgullo y curiosidad a quien lo lee. Ya no es la historia contada por el colonizador que ensalza las virtudes de la Metrópoli y menosprecia todo lo americano, ahora está allí plasmado el pasado incaico y preincaico. Es la descripción de lo propio, desde sus plantas y animales hasta sus héroes mitológicos. Es un insuflar amor por cada uno de esos aspectos y acabar con la prédica de que sólo lo que viene de Europa es bueno y todo lo que está en el Nuevo Mundo es malo, es salvaje. El eterno dilema de Ariel y Calibán. De allí que esta primera historia se convierta en material subversivo. En 1767, Juan de Velasco, que se encontraba en el colegio de jesuitas de Popayán, tuvo que dejar suelo americano con toda la Compañía de Jesús, expulsada por el Rey de España, y nunca más regresó a su tierra.

⁴ Esta es la primera obra de crítica compuesta en la América del Sur, según Marcelino Menéndez y Pelayo. Cf. Carlos Paladines, "Pensamiento independentista: el movimiento ilustrado ecuatoriano", en *Nueva Historia del Ecuador*, op. cit., p. 182.

Eugenio Espejo o Eugenio de Santa Cruz y Espejo es, en verdad, Eugenio Chucsig ("lechuza" en lengua kichua), hijo de indio y mulata, nacido en esa sociedad colonial quiteña con clases tan marcadas y segregaciones feroces, quien para poder matricularse en la escuela de los blancos debió adoptar esos apellidos rimbombantes. Un hombre que gracias a su talento logró destacarse en aquellas escuelas elitistas donde se graduó de médico y abogado. Su primera obra apareció en 1779 bajo el título *El Nuevo Luciano de Quito* ("despertador de los ingenios quiteños", decía en el prólogo). Y desde entonces se dedicó a desacreditar con temeraria audacia los "valores" del sistema colonial en sus sucesivas publicaciones: *Marco Porcio Catón* (1780), en el cual satiriza a aquellos defensores del sistema que no saben si su primer libro es una obra europea o americana; *La Ciencia Blancardina* (1780), en donde comienza a sugerir la necesidad de conformar una "familia" americana; *Reflexiones acerca de las viruelas* (1785), en el que critica las costumbres coloniales y habla de los "vasallajes" y las "cadenas de vasallajes". Su prédica sobre la libertad y la armonía social la plasma en el conocido *Discurso de la Escuela de la Concordia*, que forma parte del primer periódico que aparece en la Real Audiencia, titulado *Primicias de la cultura de Quito*, del cual es su principal animador. En este periódico abiertamente proclama la igualdad que debe existir entre europeos y americanos. Clandestinamente, a la manera de un "duende", reparte hojas volantes en las que se mofa de las autoridades decadentes. Es un verdadero precursor de las ideas independentistas pero, sobre todo, es el gran desacreditador de los valores coloniales, apunta sus falencias y lacras: desde su rimbombante literatura hasta sus hábitos de higiene, desde su arrogancia y supuesta superioridad de origen hasta sus formas de gobierno. La reacción de los gobernantes españoles no se hizo esperar y lo encarcelaron en las condiciones más duras hasta cuando enfermó gravemente. Sólo saldría de la cárcel para morir.

Esas ideas y hechos servirían para que el 10 de agosto de 1809 un grupo de patriotas reunidos en casa de Manuela Cañizares dieran el paso más trascendente: tomaran el Palacio Presidencial y constituyeran la Primera Junta Soberana de Gobierno que desconocía en América a la autoridad española, representada por el Conde Ruiz de Castilla, hecho que suscitó tanto entusiasmo que al año siguiente los jóvenes estudiantes chilenos sacaban pancartas en las que se leía: "Quito, luz de América". El mismo año en que los ejércitos coloniales acantonados en Lima y Bogotá marchaban sobre Quito y destruían a sangre y fuego la conquista lograda. El proceso independentista era, sin embargo, inevitable. Es el bicentenario que ahora conmemoramos con orgullo. ☐

Galo Galarza Dávila. Embajador del Ecuador en México desde octubre de 2006. Autor de varios libros de narrativa y coautor del libro *Ecuador en el mundo, 1830-2006*. Su obra consta en algunas antologías de relato ecuatoriano e iberoamericano. Ha representado a su país en Nicaragua, Cuba, Estados Unidos, Canadá, Francia y Australia.